

"La familia Busquillas"

Señorita Elvira Santa Cruz.- Distinguida amiga:

La felicito y la compadezco. Deseo ser su primer verdugo a fuerza de ser su mejor amigo. Ha entrado Ud. por un nuevo camino literario que le dará infinitos sinsabores: es el más tortuoso, el más obscuro y, al mismo tiempo, el más sugestivo de todos los senderos que surca la inclinación intelectual, y la felicito a imitación de todos los demás que hemos sido invitados a su casa para aplaudirla, pero, no la felicito bien convencido; y, como me siento su amigo sincero, permítame no ahogar la realidad en la frívola y a veces malsana fórmula de la etiqueta cumplida, pero embustera.

Cuando yo era niño cometí mi primer delito escénico, presentándole al público del antiguo teatro Olimpo una zarzuela en un acto. Llenaban el teatro todos mis amigos -los espontáneos y gratos amigos de la infancia-, que coronaron mi obra con el más atronador éxito que jamás había conmovido los resortes acústicos de esa sala.

Esa noche -no la olvidaré jamás- me sentí levantado al pináculo de la gloria. Al día siguiente la opinión de la prensa condenó mi obra unánimemente.

Yo sentí la impresión de derrumbe en tal forma, con tanta depresión para mi amor propio, que creí llegado el momento de mi suicidio.

El más moderado de mis críticos decía lo siguiente:

".... el autor de la parte literaria de la obrita, que es la más mala, es un joven de distinguida familia, rica y conservadora. En cada casa de familia la señora dice que la obra de Fulano es preciosa, es muy buena, porque es de Fulano de Tal. Los hijos de la casa los repiten y el público sigue..."

No vale este recuerdo un paralelo que yo pretenda establecer entre

mi primer ensayo y su "Familia Busquillas". No es eso; es en cuanto al mérito de la composición, es solamente en cuanto al incienso que perturba los juicios muy justamente impresionados del autor.

A una niña como Ud., lanzada en sus obras a la opinión pública, todos la saludan con flores, nadie con abrojos, y eso es injusto y perjudicial.

Dice la gente que en todo caso es una gracia muy grande la de Ud. haber producido esta obra; y es aquí donde yo, su amigo y su admirador verdadero, protesto enérgicamente, porque sería lícito admirar que el jazmín, por ejemplo, produjera pensamientos, pero no hay derecho de extrañarse que los produzca el propio pensamiento.

Tal es Ud., una planta, en mi concepto, que debe y que puede producir perfectos ejemplares en todos los géneros de la literatura, y, por lo tanto, Ud. debe ser juzgada para su propia evolución, sin el bondadoso y liviano beneplácito de los aplausos obligados.

Su comedia, a mi modesto entender, tiene errores fundamentales de composición.

Del primer acto el primer cuadro es en la obra una verdadera promesa que predispone con entusiasmo a la continuación de la trama. Siguen las escenas con movimiento, con interés, y la entrada y salida muy bien llevada de los personajes sostiene el atractivo, denunciando en el autor virtudes sorprendentes para el teatro.

Descontando los efectos que se pierden, en parte, a causa de la interpretación y, sobre todo, por el local, cuya falta de amplitud sacrifica el atractivo estético de la escena, llegamos al término del primer acto y llegamos a él con verdadero entusiasmo: la exposición o sea el ci-

miento de la obra no tiene defectos. Pero, después que todos los personajes son llamados a la mesa, en el final de ese acto, y obedecen en riguroso cortejo a este llamado que tiene fines de una exhibición correctísima respecto al hogar de la familia Busquillas, los miembros se dispersan del etiquetero banquete y vuelven a escena sacrificando de hecho todo el preparativo que se ha insinuado durante el acto. Tal efecto es deplorable juzgado el desde el punto de vista artístico y de composición, produciendo esta escena el efecto de una especie de derrumbe de lo construido anteriormente, porque no está bien consultado el espacio de tiempo que podría justificar la vuelta a escena del matrimonio Pepe-Julieta.

En el primer acto no queda tampoco bien definida la personalidad moral de Eliana. Aparece como una muchacha humilde, sencilla y de buen sentido, amortiguando los excesos de su madre; luego después, en la realidad, es un juguete de las ambiciones de la madre, quien dirigiéndola en falsas direcciones le ha hecho merecer el denigrante apodo de "la niña busquillas". Y por fin ella se manifiesta persona de energías y de impulsos pasionales cuando, por obra del despecho, resuelve bruscamente su matrimonio con don Santos Esquivel.

El segundo acto, como el primero, tiene escenas pintorescas, admirablemente arrancadas al campo de la vida. Eliana, la eterna vencida de los éxitos alcanzados por mal camino, padece la soledad opulenta de los que cambian por el bienestar sus sentimientos.

Los hermanitos menores, inconscientes, bendicen su desgracia, y el ambiente siniestro de ese hogar conmueve al público. Pero una nota falsa interrumpe de pronto esa escena. Es el personaje cómico impuesto por antiguas prácticas del teatro, ya en desuso, que sin justificación y con perjuicio de la armonía del conjunto, ha sido traído a la escena en mal momento...

La situación dramática de la obra es perfectamente traída al finalizar este acto; pero, dicha situación se ahoga en la extensión del diálogo, diluyendo, por decirlo así, en tanta palabra la emoción con que sorprende al público un amor imposible que se insinúa con mucho arte, pero que a fuerza de discutirlo abnegadamente, pierde sus efectos pasionales. Este diálogo declina al fin en una repetida melopea acompañada de un violín caído del cielo...

La obra termina ahí, y termina porque cae el telón, no porque la comedia esté concluida, conforme a los preceptos de composición que establece el arte escénico, pues a ella falta el desenlace de su trama inicial. La disolución de ese amor imposible es un hecho aislado, apenas una consecuencia sin consecuencia, de un estado de ánimo que en nada ejerce sanción sobre los protagonistas de la obra.

He observado en Ud., distinguida amiga, una facilidad casi extraordinaria para el diálogo animado y nutrido, sostenido por numerosos personajes en escena, y también se ve que es sencillo a sus facultades naturales el manejo del mutis que tantos sinsabores produce en la mayoría de los autores. Con el auxilio importantísimo de estos dominios, espontáneos en Ud., y con la inclinación en repetidas ocasiones insinuada en su comedia sin haberla aprovechado, de preparar las escenas para producir situaciones de fuerza, lo cual constituye la base de todo el éxito del teatro moderno, creo que Ud. debe renunciar a todo otro género literario que no sea el cultivo de la escena. Tiene para ello condiciones privilegiadas, y su imperfecta composición de ahora, a Ud. que está conmigo en el secreto del tiempo que tardó en escribirla -secreto que le aconsejo mantener-, debe servirle de poderoso estímulo para abor-

dar con mayor cariño y mayor dedicación este arte superior, el arte sublime de las transplantaciones de la vida.

- Excuse Ud., Elvira, estas mis palabras que por ser sinceras han debido ser molestas. Jamás me habría atrevido a escribirlas, si no se tratara de Ud.; pero, en su inteligencia, en su espíritu superior, consciente y justiciero pueden descansar siempre las buenas intenciones.- Manuel Mackenna S.

La Nación

Santiago, 12 de Diciembre de 1917